

LA COMUNIDAD JESUITA UN ESPACIO PARA DESCUBRIR UNA IDENTIDAD MISIONERA

Eckhard Frick, S.J. (GER)

Psiquiatra y psicoanalista

Comunidad Alberto Hurtado, Munich

Prof. de Cuidados Espirituales en la

Medical School, European Formation Centre

Prof. de antropología en la Facultad de Filosofía

La reflexión que sigue quiere arrojar luz sobre el concepto y la práctica de las comunidades apostólicas donde hay jesuitas que comparten casa, liturgia, comida y tiempo; y que, al hacerlo, viven un doble ministerio: un ministerio *ad intra*, viviendo juntos como compañeros de Jesús (“compañero”: viene de pan, es decir compartiendo pan con El y juntos) y un ministerio *ad extra*: siendo hombres para los demás y con los demás hombres y mujeres (GC 35). Los términos “*identidad misionera*” abarcan ambos aspectos de este doble ministerio, descubriendo nuestro yo individual como miembros de una comunidad, junto al hecho de que somos enviados a la viña del Señor, como hermanos, hombres instruidos y sacerdotes.

¿Identidad o pérdida del alma?

El término identidad que aquí se emplea es menos claro de lo que parece a primera vista. Reconocemos de forma

espontánea nuestra identidad cuando, por ejemplo al cruzar una frontera de otro país, mostramos nuestro carnet de identidad. Cuando perdemos estos “documentos de identidad”, hay que realizar el trámite ante la autoridad competente para obtener uno nuevo que será como el anterior, indestructible, sin errores en nuestras señas de identidad. Pero el misterio de nuestro yo, y de nuestra identidad es más complejo que poseer, perder o recuperar un pasaporte. Nos hemos vuelto inseguros sobre el sentido del yo, sobre el sentido de quiénes somos: por esto crece cada vez más el interés por esta cuestión. (Zollner, 2007). “La pérdida del alma” descrita en las culturas arcaicas (Jung, 1919/1967) y en las culturas latino-americanas como “susto” y en otras psicopatologías indígenas (Glazer; Baer; Weller et al., 2004), amenaza también al hombre moderno. Las experiencias-fuera-del-cuerpo, como la reanimación cardiaca, pueden estar al origen de las teorías pre-científicas del alma (Metzinger, 2005). Dicho con otras palabras: ser un “yo” tiene que ver mucho más con la amenaza de la pérdida del alma que con “poseer” una identidad.

La actual búsqueda del yo “verdadero” (Taylor, 1994) se entiende de forma incompleta si se considera como una búsqueda de identidad, de una afirmación o representación de una serie de propiedades poseídas por el individuo. Esta “posesión de propiedades” puede corresponder a una gradual adquisición de mi inalienable e incomparable principio. En psico-patología, se supone que los trastornos del Yo, como la fragmentación, la falta de auto-estima y la delimitación distorsionada del no-Yo pueden arrastrar a trastornos

*la búsqueda del yo es
un continuo proceso
que dura toda la vida*

de identidad que pueden ser provisionales/ temporales y pueden estar enlazados con ciertas fases del desarrollo humano o, por el contrario, con ciertos rasgos de la personalidad.

La pérdida de identidad, de auto-posesión o dicho en una forma más arcaica, la pérdida del alma es una auto-afirmación (post)-moderna amenazante. La búsqueda del yo es

un continuo proceso que dura toda la vida. El jesuita comparte, con los hombres y mujeres postmodernos y postseculares de nuestro tiempo la búsqueda de la identidad perdida. No nos “poseemos” a nosotros mismos ni a nivel personal, ni a nivel comunitario. Tanto una comunidad jesuita, como el cuerpo entero de la Compañía sufren las amenazas, las pérdidas de identidad, y también su recuperación. Esta identidad no es “misionera” sólo porque somos enviados, o porque subraya un rasgo esencial de nuestro grupo apostólico, sino que sobre

todo es “misionera” porque se *balla* en diversos encuentros con el mundo y la humanidad contemporáneos.

El Cuidado de sí mismo y el cuidado de los demás

El reto del cuidado de sí mismo lo podemos encontrar en el diálogo *Alcibiades* escrito por Platón. Sócrates recuerda a este joven político y a otros discípulos suyos que antes de asumir responsabilidades de tipo social hay que cuidar de uno mismo. Siglos después, en la antigüedad cristiana, los principios de una ética anti-egoísta acarrearían un nuevo conflicto entre el cuidado de uno mismo y el cuidado de los demás (Foucault, 1984; Foucault, 1997). Este es uno de los comienzos de la sospecha cristiana contra la auto-realización y de la auto-actualización (post-) modernas.

Cuando se privilegia el cuidado de los otros y el compromiso social, a expensas del cuidado de sí mismo, uno de los posibles resultados puede ser que quien ayuda, al estar tan lleno de idealismo y de compromiso, se agote (Freudenberger, 1974), se vuelva menos eficiente y hasta se enferme. Cuando Ignacio evoca la “*ayuda de las ánimas*” como meta última de la Compañía, esto siempre supone el largo proceso de “*ayudar al ayudante*” por medio de los Ejercicios Espirituales y la conservación del cuerpo apostólico claramente descrito en las *Constituciones*.

En los Ejercicios Espirituales “*ayudar*” es un concepto clave, no solamente en el sentido de ministerio / servicio, sino también para ayudar al futuro acompañante (ayudante) a que haga los Ejercicios. Una vez que ha terminado de vivir el Principio y Fundamento y la Primera Semana, el ejercitante entra en la Segunda Semana donde pedirá por su vocación como ‘quien ayuda’. Esta vocación de ayudar (ofrecer ayuda) está siempre intrínsecamente ligada a recibir ayuda.

“Preámbulo para hacer elección”

Primer Punto. En toda buena elección, en cuanto es de nuestra parte, el ojo de nuestra intención debe ser simple, solamente mirando para lo que soy criado, es a saber, para alabanza de Dios nuestro Señor y salvación de mi ánima, y así, cualquier cosa que yo eligiere debe ser a que me ayude para el fin que soy criado, no ordenando ni trayendo el fin al medio, mas el medio al fin. Así como acaece que muchos eligen primero casarse, lo cual es medio, y secundario

servir a Dios nuestro Señor en el casamiento, el cual servir a Dios es fin. Asimismo hay otros que primero quieren haber beneficios, y después servir a Dios en ellos. De manera que éstos no van derechos a Dios, mas quieren que Dios venga derecho a sus afecciones desordenadas y, por consiguiente, hacen del fin medio y del medio fin; de suerte que lo que habían de tomar primero toman postrero. Porque primero hemos de poner por objeto querer servir a Dios, que es el fin, y secundario tomar beneficio o casarme, si más me conviene, que es el medio para el fin; así ninguna cosa me debe mover a tomar los tales medios o a privarme de ellos, sino sólo el servicio y alabanza de Dios nuestro Señor y salud de mi ánima. (EE 169).

La misma ligazón entre el cuidado de los otros (*ayuda de las ánimas*) y el cuidado de sí (*conservación del individuo y del cuerpo en su conjunto*) caracteriza las *Constituciones*:

*la misma ligazón entre el
cuidado de los otros
(ayuda de las ánimas) y el
cuidado de sí
(conservación del
individuo y del cuerpo en
su conjunto) caracteriza las
Constituciones*

“Para la conservación y aumento no solamente del cuerpo, id est, lo exterior de la Compañía, pero aun del espíritu della, y para la consecución de lo que pretende, que es ayudar las ánimas para que consigan el último y supernatural fin suyo, los medios que juntan el instrumento con Dios y le disponen para que se rija bien de su divina mano, son más eficaces que los que le disponen para con los hombres, como son los medios de bondad y virtud, y especialmente la caridad y pura

intención del divino servicio y familiaridad con Dios nuestro Señor en ejercicios espirituales de devoción, y el celo sincero de las ánimas por la gloria del que las crió y redimió, sin otro alguno interesse. Y así parece que a una mano debe procurarse que todos los de la Compañía se den a las virtudes sólidas y perfectas y a las cosas espirituales, y se haga dellas más caudal que de las letras y otros dones naturales y humanos. Porque aquellos interiores son los que han de dar eficacia a estos exteriores para el fin que se pretende” (Const. 813)

“Criaturidad”: reconocer que he sido ‘anticipado’

En textos cruciales como el Principio y Fundamento (EE 23) y el preámbulo para hacer elección arriba citado, Ignacio vuelve a su antropología de “criaturidad”. Constatamos con verdadero asombro que modernos pensadores como J. Habermas y C.G. Jung entienden y subrayan esta referencia bíblica (Reder y Frick, 2010).

A lo largo de toda su vida, Jung distingue entre el “Ego” que es el centro de nuestro percibir consciente y actuar en este mundo – y el “Yo” que trasciende nuestro Ego como actitud teleológica, al que nunca se alcanza del todo, pero que es siempre origen y fin de nuestras percepciones y acciones. En 1939/1940, en un seminario en la Federal Technical School en Zurich, Jung comenta los Ejercicios Ignacianos. Elige el teologúmeno “*siendo creado*” del Principio y Fundamento para demostrar que somos “anticipados” por el Yo inconsciente:

“Pero si dejamos las conclusiones generales y buscamos individuos con una prolongada y madura experiencia de vida para preguntarles: “¿Te sientes como quien es el resultado de la casualidad, o sientes que algo de algún tipo estaba trabajando en ti, que te ha creado como eres?” Sorprendentemente muchos de estos individuos responderán que sienten que algo está actuando en ellos conduciéndoles, algo de un significado interior, una guía interior, que curiosamente los ha transformado en lo que son” (Jung, 1940).

Ser conducidos, descubrir un centro interior evoca la experiencia del eje Yo-Mismo, en otras palabras “volverme hacia mi Mismo”.

“Pero si entendemos correctamente “Yo soy creado”, entonces reconocemos que somos un producto, que hemos sido anticipados. Éramos y no lo sabíamos. Se sabía, por así decirlo, pero conviene dejar abierta la cuestión: Quién era quien lo sabía” (Jung, 1940). Jung trata de dar respuesta a la moderna búsqueda de sentido y significado de la vida. El ser anticipado introduce una nueva perspectiva: no defino mi significado de la vida, descubro, por el contrario que “soy significado”, y este significado está en ser creado y anticipado:

“Si descubro que he sido anticipado, el hecho produce en mí una enorme impresión. En tal momento yo no sería capaz de definir el principio de mi vida claramente, pero la siento como algo vivo. Quizá podríamos formularlo así: “Tiene que tener un significado”. Pero ¿qué tipo de significado peculiar tiene? Una cierta línea de pensamiento, por ejemplo, es desarrollada a través de una serie de sueños y descubro que soy el duplicado de mi inconsciente anticipación de mí mismo; en el mismo momento me lleno con una sensación,

una finalidad en la vida, como si existiese un plan secreto de mi destino. Uno ya no se pregunta: “¿Qué sentido tiene mi vida?”, sino que se siente lleno del significado mismo. [...]”

Ignacio formula este propósito como el “*laudare dominum*”. [...] como alabar, hacer reverencia y servir a Dios. Si lo traducimos al lenguaje psicológico, esto significa que Ignacio recomienda una sumisión incondicional al pensamiento inconsciente. Dicho así produce resistencia, porque pensamos que el inconsciente es sólo una idea, y olvidamos que somos incapaces de decir la palabra siguiente si el inconsciente la retiene. Ignacio recomienda esto con un claro propósito: que el hombre puede salvar su ánima. Si el hombre no reverencia y no se somete al inconsciente que creó su conciencia, pierde su ánima, es decir, pierde su conexión con el ánima y el inconsciente. [...] (Jung, 1940)

“Obediencia” es una palabra difícil en nuestro contexto democrático contemporáneo. Puede levantar la sospecha de un abuso de poder enmascarado, en la Iglesia y en otras instituciones. Y el escándalo de la obediencia aumenta mucho más cuando se refiere al inconsciente. Sin embargo, hay una enorme ventaja en lo que Jung afirma sobre la obediencia: sin duda, es arriesgado obedecer a mi inconsciente, porque exige confianza y un largo proceso hasta llegar a escuchar y oír en él la voz de Dios. Pero es urgente asumir ese riesgo porque de lo contrario el ser humano puede “perder su alma”. La pérdida del alma es exactamente lo opuesto a “salvar la propia ánima”, el pre-requisito ignaciano para “*ayudar las ánimas*”.

El jesuita – y el yo “corpóreo”

El reciente diálogo entre psicoanálisis, neuro-biología y fenomenología muestra que el yo humano no es solamente una representación cerebral sino una calidad sistémica de todo el cuerpo. Esta corporeidad enlaza con una subjetividad pre-reflexiva (experiencia en primera persona de mi propio cuerpo vivido, “*leib*” en Alemán) y física (perspectiva en tercera persona de mi cuerpo como parte del mundo físico objetivado, “*Körper*” en Alemán) (Frick, 2009).

Las *Constituciones* de la Compañía de Jesús hablan del cuerpo individual, al tratar posibles excesos ascéticos (Const. 300), pero también usan la metáfora para referirse al cuerpo individual y colectivo:

“Y aunque lo primero y que más peso tiene en nuestra intención sea lo que toca al universal cuerpo de la Compañía, (cuya unión y buen gobierno y

conservación en su buen ser a mayor gloria divina principalmente se pretende); porque este cuerpo consta de sus miembros, y ocurre antes en la ejecución lo que toca a los particulares, así en admitirlos como en aprovecharlos y dividirlos por la viña de Cristo nuestro Señor, se comenzará de aquí con la ayuda que la Luz eterna se dignará comunicarnos para el honor y alabanza suya „ (Const.135).

La polaridad de devenir y ser un “Yo corpóreo” concierne tanto a los miembros como a todo el cuerpo de la Compañía. El conflicto intra-físico entre poseer mi identidad y descubrirla por el ministerio y la obediencia se da también a nivel institucional. La lucha individual - tanto psicológica como espiritual - ayuda paradójicamente a encontrar el yo al abandonarlo.

“Mi yo entonces llega a ser cada vez más mi yo, aunque en parte siga siendo un misterio para mí. La madurez humana no significa por lo tanto que alcanzo un estado en mi vida en el que dejo de sentir tensiones y conflictos dentro de mí. Más bien, maduro *precisamente al* comprometerme en la lucha psicológica y espiritual entre mi realidad consciente y Dios, entre mis deseos y necesidades (incluso los que no son conscientes) y mis ideales, y al tratar de dar forma a esta lucha. Esto significa que me es más posible crecer, que quedarme bloqueado si vivo, en la tensión continua entre los polos - entre perderme a mí mismo y encontrarme a mí mismo—entre el Yo y los otros, entre la finitud y la infinitud. Mi identidad concreta se va plasmando en la única historia de mi trascendencia y de mi vulnerabilidad; así es como llego a *mi mismo, me hago* mi mismo” (Zollner, 2007: 61-62).

La fuerza mayor y quizás no contestada de las *Constituciones* es la interdependencia entre el cuerpo individual y colectivo, entre la experiencia espiritual de la persona y los aspectos institucionales. Las *Constituciones* describen un cuerpo para el Espíritu (Bertrand). El carisma ignaciano original nos ayuda a afrontar el dilema crucial de la sociedad moderna: el dilema entre la búsqueda del yo el compromiso institucional:

“La sociedad moderna está atrapada en un dilema. Por un lado, promueve el individualismo y el abandono de las estructuras. Por otro lado, y al mismo tiempo, en ella se da una búsqueda existencial del sentido y de la comunidad, evidente y de fondo, lo cual parece favorecer una nueva búsqueda

*la polaridad de
devenir y ser un “Yo
corpóreo” concierne
tanto a los miembros
como a todo el cuerpo
de la Compañía*

de alternativas al individualismo y a las opciones meramente subjetivas. Puesto que la propia insistencia con que cada cual aboga por dejar a un lado un sentido del yo estable e integrado nos debe hacer considerar asimismo el sufrimiento y la pérdida de la calidad de vida que acompañan la actitud del “todo vale”. En un primer momento, ser capaz de cambiar “libremente” de pareja, amigos, ocupación, religión o cualquier otra cosa se presenta como algo tentador y liberador. Pero hay muchas personas que se siguen sintiendo profundamente heridas, en particular en lo relativo al matrimonio, al sacerdocio o a los votos, si han renunciado a sus compromisos de una forma más o menos ‘frívola’. En lo profundo de su corazón la abrumadora mayoría de las personas siguen añorando una identidad estable, pese a que se sienten cada vez menos capaces de desarrollar un ‘yo’ que sea lo suficientemente fuerte para ello. Descubren que un yo coherente, que debe ser ‘trabajado’ constantemente, tiene un alto precio” (Zollner, 2007: 63)

Un desafío decisivo para la Compañía contemporánea es que “podríamos convertirnos en apóstoles sin Comunidad” (Ruiz Pérez, 2010; 33). Frente a los riesgos de una vida apostólica y de una espiritualidad, oradas y vividas de un modo exclusivamente privado, individualista, tenemos necesidad de una “*re-apropiación*” de nuestra misión por la vida comunitaria; por ejemplo en cuidar el camino personal de fe, en relativizar la premura e importancia de los quehaceres apostólicos, y en descubrir nuestra limitación y nuestra fragilidad. (Ruiz Pérez, 2010: 34-35).

“Porque quien quiere salvar su vida la perderá...”
(Marcos 8,35)

La antropología bíblica supone que el ser humano se convierte mediante el sopro divino en un “*nefesh*” en un ser vivo (ánima, laringe, ser) por inflación del espíritu divino: “Entonces Jehová Dios formó al hombre del polvo de la tierra. Sopló en su nariz aliento de vida, y el hombre llegó a ser un ser viviente -*nefesh*”. (Génesis 2, 7). En la mayoría de los casos, en la versión de los Setenta traduce *nefesh* con *psychē* que significa sopro, vida interior, el ser más íntimo de cada cual; vida (física); aquello que tiene vida, criatura viva, persona, ser humano. En el griego preclásico de Homero, el término *psychē* se reserva para las personas a punto de morir: la *psychē* es lo que el guerrero moribundo entrega y pierde (Marinkovic, 2009). El trasfondo lingüístico y antropológico nos ayuda a comprender una frase muy dialéctica en boca de Jesús: “Porque

quien quiera salvar su vida (*psychē*), la perderá; pero quien pierda su vida (*psychē*) por mí y por el Evangelio, la salvará „ (Marcos 8,35).

Una espiritualidad cristiana sabe muy bien que no “poseemos” una identidad individual o colectiva, a la manera de un carnet de identidad (o documentos fundacionales de un grupo como pueden serlo los Ejercicios Espirituales y las *Constituciones*). Al comienzo de nuestra existencia recibimos el soplo del Creador, y como criaturas obedecemos o desobedecemos a este soplo originario. Nuestra espiritualidad es re-espiritualidad: recibir y devolver el soplo divino en cada re-espíración y, en definitiva, cuando morimos. Esperamos que el soplo divino haga re-espírar nuestros cuerpos muertos, según la resurrección de la que nos habla Ezequiel (Cap. 37), y pacientemente anticipada por el largo Ejercicio Espiritual de la respiración que dura toda la vida. Es una oración “por compás”, “entre un anhélito y otro” (EE 258).

*recibir y devolver el
soplo divino en cada
re-espíración y, en
definitiva, cuando
morimos*

* * *

Bertrand, Dominique (1974): Un corps pour l'Esprit. Essai sur l'expérience communautaire selon les Constitutions de la Compagnie de Jésus, Paris.

Foucault, M (1997): The ethics of the concern for the self as a practice of freedom. Michel Foucault Ethics, The essential Works 1

Foucault, Michel (1984): Le souci de soi. Gallimard, Paris.

Freudenberger, Herbert J. (1974): Staff burn-out. Journal of Social Issues 30:159-165.

Frick, Eckhard (2009): Psychosomatische Anthropologie. Ein Lehr- und Arbeitsbuch für Unterricht und Studium (unter Mitarbeit von Harald Gündel). Kohlhammer, Stuttgart.

Glazer, Mark, Baer, Roberta D., Weller, Susan C., de Alba, Javier Eduardo Garcia, Liebowitz, Stephen W. (2004): Susto and soul loss in Mexicans and Mexican Americans. Cross-Cultural Research 38:270-288.

Jung, Carl G. (1919/1967): Die psychologischen Grundlagen des Geisterglaubens (GW 8)(Ed.): Gesammelte Werke, §§ 570-600.

Jung, Carl Gustav (1940): The process of individuation. Exercitia spiritualia of St. Ignatius of Loyola. Notes on lectures given at the Eidgenössische Technische Hochschule, Zürich. June 1939 - March 1940 (Vervielfältigtes Typoskript).

Marinkovic, Peter (2009): Christian and Shi'ite Perspectives on the Soul. In: Wehinger, D. (Ed.): Soul: A Comparative Approach. ontos, Innsbruck,

Metzinger, Thomas (2005): The pre-scientific concept of a "soul": A neurophenomenological hypothesis about its origin. In: Peschl, Franz-Markus (Ed.): Rolle der Seele in der Kognitions- und Neurowissenschaft. Auf der Suche nach dem Substrat der Seele. Königshausen & Neumann, Würzburg, 189-214.

Reder, Michael, Frick, Eckhard (2010): Geschöpflichkeit in der post-säkularen Gesellschaft. *Analytische Psychologie* 41:216-238.

Ruiz Pérez, Francisco José (2010): El camino de retorno de la vida comunitaria a la mision. *Revista de Espiritualidad Ignaciana*, Nro.125,2010, 30-40.

Taylor, Charles (1994): Quellen des Selbst : Die Entstehung der neuzeitlichen Identität. Suhrkamp, Frankfurt a.M.

Valero, Urbano (2010): Identidad, comunidad, mision "Una especie de triptico", *Revista de Espiritualidad Ignaciana*, Nro 125, 55-67.

Zollner, Hans (2007): The Self - Its nature and its mystery. In: Zollner, Hans (Ed.): Formation and the person. Essays on theory and practice. Peeters, Leuven Paris Dudley, MA, 47-66.